



NÚM. 89

BARCELONA, 19 ENERO 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



Dios me libre, caballeros,
de busconas zalameras,
que, con amantes quimeras,
suelen dejarnos en eueros;
y de los amores hueros
de la jamona benta
ó la niña mogigata;
porquesiempreas gazmoñas
sus mimos y carantoñas
saben convertir en plata.

Dios me libre de oradores
que, con pasmoso cinismo,
nos hablan de patriotismo,
siendo á la patria traidores;
y de regeneradores
que, con mucho desparpajo,
ofrecen pan y trabajo
para aliviar nuestro afán...
¡mientras se comen el pan
de los que «tienen debajo!»

Dios me libre de los tales
escritores «modernistas»
queaumentar quieren las listas
de eminencias inmortales;
y de los «sentimentales»
que, siempre fingiendo enojos,
lentos de llanto los ojos,
lágrimas, por pan, devoran,
y á diario nos encocoran
con lutos, duelos y «abrojos.»

Dios me libre de ignorantes

que «se llaman» eminentes,
y son tan impertinentes
como necios y pedantes:
que con incultos desplantes
y peregrinos resabios,
apenas mueven los labios
lanzan rebuznos atroces,
para proclamar á voces—
que son «verdaderos sabios.»

Dios me libre de la «alla
de algunos zangolotinos,
que, escribiendo desatinos,
son el escarnio de España;
que, por coincidencia extraña,
tienen de hombre la figura,
y son en literatura
alimaños destructoras,
que sus codicias roedoras
satisfacen con holgura.

Dios me libre de escritores
que «decir gracias» profesan,
y de fastidiar no cesan
con sus chistes pecadores:
punzantes murmuradores,
á los que imitar no espero,
pues contagiarme no quiero
de esa «ciencia», que consiste
en saber hacer un chiste
á costa de un compañero.

Luis FALCATO



Los frecuentes *atracos* nocturnos con que está amenazada nuestra preciosa vida en esta villa heroica, pero insegura, han sembrado el terror en algunas familias y el retraimiento absoluto de salir de casa por la noche ha de ser un hecho muy pronto.

A los que aun no sepan lo que es atraco, les daremos de él esta ligera idea, estilo diccionario:

Atraco: especie de robo.
Por él, sin alardes fieros,
le dejan de noche en cueros
lo mismo al listo que al bobo.

Pues, bien, el domingo pasado le tocó ser víctima del delito de moda á nuestro amigo Agapito Jindámez. Serían las nueve de la noche cuando Agapito cruzaba el Salón del Prado, fumando una segundilla y tarareando un puro, ó vice versa, cuando dos sujetos decentemente vestidos se le acercaron, y uno de ellos, saludándole sombrero en mano, le dijo:

—Caballero: si no le sirve á usted de molestia ¿tiene usted la amabilidad de hacerme el obsequio de proporcionarme lumbre de su aromático cigarro?

—Tome usted, señor mío, —respondió nuestro inocente amigo, complaciéndole en su deseo.— Hacienda usted todo lo que guste, que á mucha honra lo tendré.

—Gracias mil, caballero. Yo soy Paeo Chumacera, exclaustro y atracador de oficio.

Agapito palideció y sus cabellos, sino todos, gran parte de ellos, se le pusieron de punta.

—No se asuste usted, —prosiguió diciendo el oficiente, —pero es inevitable que ahora mismo nos entregue usted, á mi y á este reputado colega mío, cuantos objetos de valor lleve usted en esos bolsillos que Dios le ha dado.

—¡Socorro! —gritó Jindámez, pugnando por escapar.

¡Demanda inútil! Solamente fué oída por una perra que por allí pasaba y que comenzó á ladrar. El sereno más próximo estaba dormido en el quicio de una puerta, lanzando al aire notas tristes, y los guardias más cercanos conversaban tranquilamente con dos princesas moscovitas que por allí *discurrían* en libertad.

Por su parte, los distinguidos criminales hicieron callar á la víctima enseñándole dos coraplumas de los que usaba, sin duda, el gigante Goliat para afilar los lapiceros.

Ante el brillo de aquellos alifanjes, Agapito

se apresuró á poner á disposición de Chumacera y compañía cuanto llevaba encima.

—¡Háganos usted la señalada merced del alfilerito de la corbata, —le dijeron después.

—Tómenlo ustedes. Le faltan dos perlas; pero las tengo en casa. Si ustedes quieren, me llegaré por ellas en un instante.



—No, no; muchas gracias. Ahora venga el reloj.
 —Aquí esta, señores míos. Es bueno, pero se suele atrasar un poco.
 —No importa, caballero. ¿Qué lleva usted en la cartera?
 —Sírvanse ustedes verlo: una tarjeta de Rubau Donadeu, otra de Carulla, dos cartas amorosas con pelos de mi Encarnación, la cédula personal, un calendario del año setenta y cinco y la papeleta de la última comunión.
 —Bueno, pues para que usted vea que no somos exigentes, guárdese la cartera, y para otra vez procure usted llevarla mejor surtida.
 —Está muy bien. ¿Quiéren ustedes algo más? —añadió Agapito temblando. —¿Desean ustedes acaso los calzoncillos? Son de toda confianza; con una jareta que quita el sentido, y unas cintas...
 —No, señor ¡no faltaba más! Tenemos suficiente por ahora. Conque... vaya usted con Dios, consérvese bueno, y hasta otra noche que nos veamos.
 —Mil gracias por todo, mis queridos amigos.
 —No las merece, caballero. En la calle de la Garduña, número ciento, tiene usted una humilde choza.
 —Lo ignorará la policía ¿verdad?

—No, señor.
 Ayer, sin ir más lejos, estubo un inspector comiendo con nosotros.

—¿Caracoles!
 —Sí, señor; caracoles precisamente.

—Bueno, pues... beso á ustedes la mano.

—Abur.
 Los atracadores se quedaron frente al Banco y el pobre Jindámez se fué de vacío á casa de su adorada Encarnación.

—¿Vienes malo?
 —preguntó la chica, fijándose en la palidez de su novio, cuyo semblante parecía una tostada de abajo. —¡No me lo niegues, ¡Agapito! ¡Tú traes algo interior!

—Como traer... sí que traía; pero ya...
 —Todo lo comprendo. Como eres tan glotón, te habrás atracado y...
 —No, hija, no; han sido otros los que se han encargado de atracarme.
 —¡Ah! ¿Tus amigotes? ¡Siempre han de empeñarse en que comas hasta reventar!
 —No es eso, querida mía; es que me han robado con la mayor finura dos caballeros de la real y distinguida orden del atraco.
 —¿No lo estaba temiendo! Que te cuente mamá si no le he dicho mil veces: «Agapito es muy descuidado y el mejor día me lo dejan seco; y sin un céntimo, que es peor.» Y ahora que recuerdo ¿no tenías una pistola para estos casos?
 —Sí, vida mía, sí; pero me la han quitado los atracadores. ¡Y lo que siento más es que estaba cargada!

Intuiti es decir que esto le cargó á Encarnación de tal manera que no ha vuelto á decir á Jindámez «por ahí te pudras». A pesar de que la mamá pensaba explotarle en concepto de yerno de la clase de *panolis*, ó lo que es lo mismo: le tenía preparado un *atraco* en toda regla.

JUAN PEREZ ZUÑIGA

(Dibujos de F. Verdugo)



CADIZ



PLAZA DE ISABEL II

Caida Cádiz en poder de los moros cuando la conquista de España, fué reconquistada en 1262; los ingleses la tomaron y saquearon en la guerra de Felipe II con Isabel de Inglaterra (1596); intentaron vana-
namente recobrarle en 1626 y 1702 y la bombardearon en 1807.

Fué residencia de la Junta Central, y luego de la Regencia y de las Cortes durante la guerra de la Independencia, y los franceses la tuvieron bloqueada hasta 1812, fecha de la promulgación de nuestro primer código constitucional.

En 1823, cuando la invasión de España por los *cien mil hijos de San Luis*, retiráronse á ella las Cortes, pero hubo de acabar por capitular con el duque de Angulema, traicionada la defensa nacional por los O'Donnell, Ballesteros, Castellsorrius, Morillos y *tutti quanti*.

En 1968 se dió en ella el grito de *¡Viva España con honra!* a cuyo eco se derrumbó la monarquía de doña Isabel II, por más que esta señora fuese la menos culpable de lo que ocurría.

Por lo dicho se comprenderá cuan ilustre es la historia de Cádiz convertida en *paladín* de la nación española.

Es Cádiz una de las poblaciones más bellas de la hermosa Andalucía. Sus principales monumentos son las Casas Consistoriales, la antigua catedral, restablecida en 1557 y la catedral nueva, cada una de las cuales poseen ricas colecciones de cuadros é inapreciables ornamentos sagrados; la capilla de Santa Lucía, con cuadros de Murillo; la iglesia de San Felipe Neri en la que celebraron sus sesiones las Cortes de 1812; hermosos jardines y paseos públicos.

Aunque decaída de su antigua importancia comercial continúa siendo Cádiz uno de los más activos centros en cuanto se refiere á la industria naval, contruyéndose en sus arsenales hermosos buques.



CALLE DEL DUQUE DE TETUÁN



PANORAMA DESDE LA BAHÍA

UNO de Kaptos

(TRIGÉSIMA EN TRES CARTAS Y UN TELEGRAMA)

CARTA PRIMERA

Madrid, 10 de diciembre de 18...

«Queridísimo Juan de mi alma: Sólo hace nueve días que nos separamos y ya me parece que he pasado un siglo sin verte...; nada, que no puedo vivir lejos de mi maridito; ese descastadote á quien todavía quiero con toda mi alma y que tan poco se acuerda de su Matilde. Esta vida agitada de corte, que era tan de mi gusto antes de casarme, es hoy para tu pobrecita mujer existencia de hastío y de aburrimiento. Mi madre y mis hermanas, según tú dices «me bailan el agua delante» y me llevan en palmitas para divertirme; pero ni en los teatros me distraigo, ni los paseos me alegran, ni me animan las reuniones. ¡Te echo tanto de menos! Hasta ahora no había yo comprendido todo lo que te quiero, Juan de mi vida.

¿Tardarás mucho en venir á mi lado?

No pienses que, á pesar de mis melancolías, olvido nuestro asunto. Anteayer fui con mamá al ministerio; logramos, aunque venciendo muchas dificultades, que nos recibiese el Ministro. Por cierto que nos pareció á las dos muy respetado y muy serio. Leyó tu carta, nos miró fijamente á mamá y á mí y después de un rato de silencio nos dijo, dirigiéndose únicamente á mamá: «Lo que pretende mi antiguo amigo es muy difícil, casi imposible; hay muchos delante de él en el escalafón; pero veremos lo que puede hacerse en obsequio suyo; ya sabe Juan que deseo servirlo; pueden ustedes escribirse así de parte mía.»

Cumplido el encargo te lo refiero tal y como fué; pero lo que es el buen señor tiene cara de pocos amigos y un gesto avinagrado que le quita á cualquiera las ganas de pedirle favores. Podrá ser bueno; pero bruto lo es sin duda.

Me parece que va á ser necesaria tu venida, si ha de lograrse algo en tu ascenso; pero ni mamá, ni yo servimos para andar por los ministerios. En una sola audiencia harías tú más que nosotras en cien visitas. Adiós (aquí pongo muchos besos). Te quiere como nunca, tu apasionada—*Matilde*»

CARTA SEGUNDA

Madrid, 20 de diciembre de 18...

«Querido Juan de mi corazón: Como tienes tanto talento, has acertado en casi todo lo que decías: el Ministro va pareciendo más tratable y mamá y yo nos familiarizamos con este ir y venir, subir y bajar, entrar y salir tan ageno á nuestras costumbres. En lo que no has acertado, ni acertarás, es en que yo acabaré por no echarte de menos: ¡oh! con eso si que ocurre todo completamente al revés: ¡cada día que pasa te añoro más, como dice aquel poeta catalán tan amigo tuyo!

Ven, ven pronto, ven lo antes posible, Juan mío, te necesita tu pobre Matilde, que no teniéndote á su lado se encuentra sola, aun en medio del más enorme gentío.

El señor Ministro, como te digo, principia á humanizarse. La segunda vez que lo vimos, llegó casi, casi á sonreírse una ó dos veces y nos rogó que volviéramos á verle pasados tres ó cuatro días, porque las sesiones de cortes le tenían tan atareado que no podía pensar en otra cosa. «Por cierto, —nos dijo, y al decirnos esto, fué cuando por primera vez lo vimos sonreír casi,—por cierto, que si á ustedes, como forasteras (su excelencia nos ha dispensado la honra de creernos provincianas), les agradase asistir á una sesión del Congreso, podría yo facilitarlas papeletas para una buena tribuna.»



Nosotras, es claro, agradecemos y aceptamos el ofrecimiento y hoy iremos á la sesión, donde seguramente se morirá de fastidio, tu *Matilde*.

P. D.—Te envío los besos de siempre y alguno más y de propina una docena de pellizcos, por tu empeño en no venir al lado de tu afligida esposa.

CARTA TERCERA

Madrid, 21 de diciembre de 18 ..

«Adorado bien mío: Hoy (día muy triste para mí porque es la primera Nochebuena que no pasamos juntos desde que nos casaron) te escribo para felicitarte las Pascuas, que ¡ojalá las pases mejor que las pasará tu mujer! Siguiendo tus instrucciones procuré estar muy expresiva con el Ministro. Ya te dije que habíamos asistido á la sesión; desde la tribuna vimos á *Su Excelencia*, que iba hecho un brazo de mar, con un uniforme muy vistoso, lleno de bordados y con más ojos que un puente. Leyó no sé qué cosas; habló de no sé qué otras, y luego nos envió con su uguer, un grandísimo y elegante cartucho de caramelos. Las otras señoras, que había muchas en la tribuna, nos miraban con asombro ó con envidia. Los caramelos nos los comimos, como es natural, pero el cartucho te lo guardo para recuerdo.

Es muy bonito y tiene muchos animales pintados.

Al día siguiente fuimos á verlo mamá y yo; pero mamá se sintió algo indispuesta y tuvo que volverse á casa. Yo esperé sola y el Ministro me recibió con más amabilidad que nunca. Me hizo sentar y tomó asiento á mi lado. Me preguntó si me había distraído la sesión. Yo recordé entonces lo que tú me habías aconsejado y le dije que, si bien no entendía de asuntos políticos, me había parecido admirable cuanto él había dicho. Eché de ver que eso le halagaba mucho, porque me dió las gracias con mucha expresión y apretándose muy afectuosamente las dos manos. Estaba desconocido. Aquella entrevista, que duró más que las anteriores, terminó preguntándome el Ministro:

—¿De veras está usted interesada en que logre Juan su ascenso?

—Figúrese usted,—le dije,—si estaré interesada; no deseo otra cosa.

—Bueno,—replicó él,—pues si usted lo desca, se hará. Porque yo tengo interés en servir á Juan; pero más aun en dejar á usted contenta. Y para lograrlo haremos que salte Juan por encima de todos.

—Muchas gracias, señor ministro,—contesté muy alegre.

—No es el ministro, es un buen amigo de usted, que la habla, —dijo,—y quien para que usted no se moleste en volver al Ministerio irá á visitarla uno de estos días, con la credencial solicitada. Hasta muy pronto.

Espero, por consiguiente, un día de estas la visita del Ministro. Creo que sería de muy buen efecto que te encontrase aquí, para que le diésemos juntos las gracias.

Ya se conoce que es buen amigo tuyo y que te quiere; porque todo el mundo nos ha dicho que la cosa era casi imposible. Ven pronto, Juan, ven pronto. Ahora haces aquí más falta que nunca. No vaya á figurarse tu amigo que no le agradeces lo que por nosotros ha hecho. No te olvida nunca tu *Matilde*.

TELEGRAMA URGENTE

Madrid, 28 diciembre. —Vino Ministro; logrado ascenso; innecesaria ya tu venida para dar gracias. Las di de tu parte; quedó contentado. Pormenores correo. —*Matilde*.

Por la copia

A. SÁNCHEZ PÉREZ



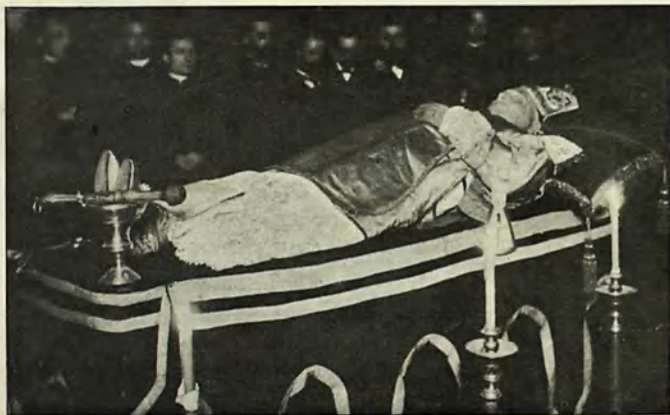


FALLECIMIENTO DEL OBISPO DE BARCELONA

Tristeza solo comparable con el asombro que produjo fué la impresión experimentada por los barceloneses á la noticia del fallecimiento de su obispo, el Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Morgades y Gil.

Contaba el prelado 76 años de edad y había nacido de humilde familia en Villafranca del Panadés, población pródiga en ilustres hijos, entre los cuales debe contarse á Milá y Fontanals, Javier Llorens y Vidal y Valenciano. No se dirá que la patria del cardenal y confesor San Ramón Nonnato no sea fecunda en personalidades descollantes.

El futuro obispo de Barcelona cursó la carrera eclesiástica en el Seminario de esta diócesis, con aprovechamiento tanto que, siendo aun estudiante, suplía á los catedráticos en ausencias y enferme-



EL DOCTOR MORGADES EN LA CAPILLA ARDIENTE

dades. Simultáneamente asistía á las aulas de las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho de esta Universidad, y al graduarse de doctor en Teología fué nombrado secretario del citado Seminario, ocupando sucesivamente los cargos de Vice-Rector y Rector del mismo.

Vacante la canonjía penitenciaria de la Catedral Barcinonense ganó dicho puesto en reñida oposición, y en atención á sus dotes de administrador celoso, concienzudo y experto se le confió la gestión del Hospital de Santa Cruz y la dirección de la Casa de Caridad y del asilo de Infantes Huérfanos, dejando en todos estos establecimientos la más grata memoria de su acertada jefatura.



LA CARRERA FUNEBRE



EN LA PUERTA DEL ANGEL

Vocal de las Juntas de Socorro constituidas durante las epidemias del cólera y la fiebre amarilla el doctor Morgades dejó confirmada en ellas su reputación de hombre caritativo, activísimo y recto. Su

ilustración nada común quedó patentizada en el concurso que prestó á la publicación de numerosos periódicos y obras religiosas; dió grande impulso al *Mensajero del Sagrado Corazón*, tradujo los libros de Augusto Nicolás y llevó á cabo multitud de empresas análogas que patentizaban su piadoso fervor y la solidez de sus conocimientos. Al doctor Morgades se debió en principalísima parte la difusión en toda Cataluña de los albergues de las *Hermanitas de los Pobres* y otras fundaciones de no menos indiscutible auto-



ridad. La veneración que se le profesaba en Barcelona quedó demostrada en su entierro, que fué una imponente manifestación de duelo en la que tomaron parte todas las clases sociales.

El obispo Morgades ha muerto, pero quedarán como recuerdo perenne de su paso por la tierra grandiosos monumentos, numerosas fundaciones piosas y sin número de corazones agradecidos



EL CORTEJO FUNEBRE SALIENDO DEL PALACIO EPISCOPAL



FEDERICO CHUECA

Me propongo hacer un estudio de los músicos españoles que lo merecen. No de los que pasaron a la Historia, sino de los actuales, de los que andan a vueltas con el pentágono y luchan con los cantables de los autores y las cantinelas de los empujados, de los que coluran pléyades trimestres y de los que aspiran a peregrinarios. De todos diré lo que en mi opinión debe decirse, desde todo a los años, fingiendo a los otros, estimando a éste, acuzando a aquél, sin más fin que trabajar por el arte musical tan alicado en estos momentos y tan fuera de su campo que la de cantar y ayuda a verlo.

No digo que al emprender mi tarea prescindiere de aficiones personales y de simpatías, y de pequeñas diferencias con tal o cual músico, porque aquellos que me conocen ya saben que eso tendrá que ser, y los que no, así me crean como yo creo en las excelencias de los imitadores de Wagner.

Esto escribo a guisa de prólogo, en materia.

Allá por la primavera de 1903, a raíz de los tristes sucesos del 10 de abril se presentaba en casa de Barbieri un mochacho nervioso, alegre, vivo, de poco cuerpo y menos carnes, de mirada inteligente y de actitud resuelta.

—Mire usted D. Francisco, —dijo el mocha, —Yo podría haber traído muchas cartas de recomendación para usted, porque entre los amigos de mi familia hay algunos que le conocen; pero he preferido venir sin más recomendación que esta. Usted verá si me sirve de algo.

Y diciéndolo y haciendo entregó al maestro un rollo de papeles.

—¿Qué trae aquí? —le preguntó Barbieri.

—Pues unos papeles que he compuesto y le dedico a usted.

—Pero ¿tú eres músico?

—No señor, soy estudiante de medicina; pero me vuelvo loco por la música, especialmente por la de usted. El otro día se armó un jollín tremendo en la Universidad, porque un chico valenciano quiso matar al rector; nos cogieron a unos cuantos y nos llevaron a las prisiones de San Francisco. ¡Ande, ande! Lo menos creíamos que nos iban a fusilar. Allí hemos estado unos días y allí me ocurrieron estos valores: en cuanto nos echaron de la calle los escribí y se los traigo para que me diga usted lo que le parezca. Los titulé *Lamentos de un preso*.

—¿Y cómo te llamas?

—Federico Chueca. Ahí está el nombre en la primera hoja.

Vió el inolvidable autor de *Pan y rosas* aquellas páginas del muchacho y le halló tan inspiradas, tan sentidas y tan fáciles que no solamente se las elogió, aconsejándole que siguiera escribiendo, sino que las arregló para orquesta y las tocó en aquellos deliciosos conciertos de los Campos Elíseos.

Desde entonces *Los lamentos de un preso* se han oído en todas partes y aun figuran como repertorio en muchos sextetos.

Chueca que estudia medicina por complacer a su madre, y que no veía el momento de arrojar al bisturi y oírse de todas las clínicas habidas y por haber, en cuanto se quedó huérfano ahorró los libros de ciencia y se matriculó en el Conservatorio donde cursó unos pocos años, de donde salió con el premio de piano y el de armonía y a donde no volvió a poner los pies cansado de aulas y de lecciones y sin completar su educación musical. Luego se ha visto que no le hizo falta ninguna y que con lo aprendido le bastó para ser alguien. Chueca al morir sus padres quedó sin más amparo que el de Dios y hubo de procurarse el pan nuestro de cada día. Lo encontró muy pronto en el café de Numanza, donde por cinco pesetas y una cena diaria, tenía que distraer los ojos de los parroquianos y acompañar a las cantoras; porque allí había con él y era lo que atraía al público. Aquellas *arritas* no lo habían todo al siglo ni a esos ayes macarrones que se lanzan sin preparativos ni ensayos, sino que entonaban las canciones más en boga y había que darlas un vistazo. Eso se hacía siempre por las mañanas cuando no iba gente al establecimiento. Llegaba una de aquellas cantarinas arrojaba un papel sobre el atril y decía a Chueca:

—Ahí, va eso: El precursor, en sol.

Y si allí existía una sola nota, ni la cantaba sabía lo que era un tono, ni en su vida conocía la escala. Empezaba a cantar lo que aprendía de oído, mirando aquellos versos que dejó en el atril y al músico tenía que seguirle improvisando su acompañamiento. Chueca dejó el café para dirigir la orquesta de Variedades; y cuando en este teatro sustituyó a la compañía de verso a una de zarzuela, por secciones, el director de orquesta tuvo que ser también maestro de curos con el mismo haber de cuarenta

cales que disfrutaba anteriormente. Entonces comenzó a escri-

lir para el teatro, empezó a tener popularidad. A ser buscado por los autores de nota y dejó la batuta para dedicarse exclusivamente a la composición. Chueca es sin género de duda el músico más popular de España; es el músico del pueblo; ha humorizado a la cigarrera, a la chula, al golfo, al guardia, al malata y cuando el compositor presenta esos tipos en el escenario, cuando les hace cantar, quisiera que acaban de salir del taller, de la delegación, del matadero, de allí donde viven y trabajan y ríen y andan á golpes las más veces.

Chueca es el sucesor de Barbiéri, pero llegó más lejos que éste caracterizando al pueblo de Madrid. En aquél hay cierta finura, cierto albedío, digámoslo así, que no tuvo nunca el autor de *La Gran Vía*. Barbiéri presenta sus tipos populares con los trapitos de cristianismo, Chueca los exhibe como los vemos á diario; no los viste, no los pule, no los acicala; los pinta tal y como son ordinariamente. Si fueran capaces de escribir música, cantarían lo mismo que Chueca escribe para ellos.

Pero no es esto solo, Barbiéri llevaba al pentagrama los cantables que le ofrecían los autores y á ellos se atenía. Chueca hace los suyos, compone á un tiempo la música y el verso y la creación es siempre genial, inspirada, exuberante de gracia, de frescura, de color, de vida. Y he aquí por donde el autor de *Lobos y pinos* y el de *El chaleco blanco*, coinciden: hé aquí de que modo el músico alemán que llevó á la orquesta un mundo inédito de ar monías y el compositor madrileño que hace instrumentar sus partituras con cuatro notas, tienen las mismas ideas sobre su arte y las llevan á la práctica. Chueca jamás instrumentó sus obras. Durante mucho tiempo costó este trabajo á Valverde y los dos aparecieron como autores de aquellas. Mas tarde figura ya solo el que sólo debió figurar siempre, el verdadero autor de la partitura, el que tuvo al pueblo y pintó sus dolores, sus alegrías, sus pasiones, sus odios; el que copió sus frases y sus dichos y logró que los repletase cantando todo el mundo.

Chueca ha sido el autor de los grandes éxitos: su *Gran Vía* se representó en Madrid un millar de veces y ha reconvertido tristemente todos los teatros de España y muchos del extranjero.

A él se debe el verdadero himno nacional, la marcha de *redes*, por la que el gobierno le otorgó una condecoración militar y con la que al grito sublime de *¡Viva España!* se cuartecien todos los pechos y latían todos los corazones.

No es culpa del músico si la emborbia de los unos, el servilismo de los otros, la hajeza de muchos y la postulación de todos han relegado al olvido un canto que debía ir al triunfo y que nos recuerda vergonzosas derrotas.

Siendo Chueca alegre, expansivo, franco, llagote y madrileño, viviendo en contacto con el pueblo y con la gente de tablas, ya comprenderá el lector la serie de anécdotas que aquí pudieran citarse; claro está que no he de hacerlo por no dar á mi trabajo excesivas proporciones. Pero no puedo omitir lo sucedido con los ratas, porque eso demuestra el cariño y las simpatías que á Chueca se le tienen. Yendo el compositor en el tranvía, le robaron una cartera con tres billetes de á cien pesetas. Los periódicos dieron la noticia y al día siguiente Chueca recibió la siguiente epístola escrita por tres ratas:

«Al saber por los periódicos que la cartera sustraída en el tranvía del Esté á las seis y media de la noche pertenecía al señor Chueca, el gremio acordó en junta general devolverle dicha cartera con los tres billetes de banco que contenía y cinco duros de gratificación por parte nuestra como prueba de respeto y admiración al *grupito* de más pupila y más salero de España. Como verá usted no nos quedamos con nada de lo que contenía la cartera mas que con su retrato como recuerdo».

Chueca se guardó sus recuperadas pesetas y repartió las veintinueve de propina entre los pobres. Hé aquí, para concluir, el catálogo de las obras teatrales de tan genial compositor:

La función de mi pueblo, Las ferias, Agua y Cerveza, La canción de la Lola, Luces y sombras, De la noche á la mañana, ¡Jingale hogí!, En la tierra como en el cielo, Veísteis y coitendo, Melodías militares, Fiesta nacional, Caramelo, La abuela, Montaña para, R. R., Un domingo en el Bañero, Un crimen misterioso, El sobrino del difunto, Un maestro de obra prima, Panchito en el muelle de la Habana, A los toros, La Gran Vía, Cádiz, El año pasado por agua, De Madrid á París, De Madrid á Barcelona, El arco de Noé, El chaleco blanco, La casa del oso, Los descubrimientos, Las zapatillas, El coche correo, Agua, azúcar y aguardiente, El mantón de Manila, Los arrastrados, La alegría de la huerta, Los gitanos. Y lo que venga: porque Chueca no tiene aun la edad reglamentaria para poder figurar en el periódico de Valero de Tornos y es de presumir que una entrga creando un repertorio que se formó con los sentimientos del pueblo de Madrid traducidos en notas

PASCUAL MILLÁN



Los favores

Hubieron de convidar
á Antón á una procesión,
pero se halló el pobre Antón
sin zapatos que llevar.

Pensando en como saldría,
sin dinero, de cuidados,
fué, y se los pidió prestados
á un amigo que tenía.

Y aquel tal, se los prestó
después de muchas razones
y de un sin fin de objeciones
á que el hombre se allanó

Llegó el día: el buen Antón
los zapatoles lucía,
llevando en la Cofradía
del Santísimo, el pendón.

Más, el dueño del calzado
le gritaba en cada esquina:
—¡No pises ninguna llimá!
Ten con los baches cuidado!

¡Pon mucho tiento al andar!
¡No los roces ni ladees
pues como los estropees
no te los vuelvo á prestar!

El buen Antón, anoncado
en la procesión andaba
porque el pueblo se enteraba
que calzaba de prestado;

y tanto sufrió, que es fama
que del dignato que tuvo
se puso malo, y estuvo
cuatro meses en la cama.

Por fin, un año es pasado,
y vuelta á la procesión,
y á dar el pendón á Antón,
y... ¡Antón sigue sin calzado!

Pone en un brete su mente
por lo pasado escamado,
y los pide á un potentado
que blasona de prudente.

Va, y le cuenta lo que antaño
le sucedió con el otro,
y que le tuvo en un potro:
—No te ha de pasar ogaño.—

le dice.—Toma, hombre, lleva
zapatos, son surecitos;
¡puedes hacerlos ábicos!
¡Rómpelos! ¡Ponlos á prueba!

¡Ya estás salidao conmigo!
¡Ponelos! ¡lláztos pedazo!
Yo no soy tan calzonaze;
¡Yo no avergüenzo á un amigo!

Hebosoando gratitud,
respiró con libertad
diciendo: ¡Aun bay amistad!
¡Aun no ha muerto esa virtud!

Cargado con su penudo
era Antón fella... á ratos,
que, aunque estrechos, sus zapatos
causaban la admiración.

Más su ventura fué corta,
que, al poco rato, el amigo,
—¡Aña! No cuentes conmigo,
grita.—¡Rómpelos! ¡No importa!

¡Yo no echo en cara favores!
¡No te encojas; pla fuerte;
si los destrozas, por suerte,
tengo en casa otros mejores!

El buen Antón anoncado
en la procesión andaba
porque el pueblo se enteraba
que calzaba de prestado.

Y tanto le repitió
la generosa canción,
que acabó la procesión
y el buen Antón... ¡acabó!

Y lamentando sus daños,
repelía entre quejidos:
— ¡Me matan los desprendidos,
y me matan los tacaños!

ALFREDO FALLARDÓ





¿A DO VA LA NAVE? Cuadro por Byam Shaw

Abelardo y Eloísa

Pepe y Luisa llevaban doce días de matrimonio, y aunque parecían contentos, aun se querían un poco. Habíanse casado en una boda muy alegre, y todo hacía presumir que la felicidad sería compaña inseparable de los nuevos esposos.

Era una tarde del mes de enero. Hacía un frío glacial. El mal no recordo, el termómetro señalaba ocho grados bajo cero. En la sala, bajo el árbol, Pepe y Luisa hablaban arrojados en sendas butacas cerca de la chimenea en la cual ardían dos soberbios troncos de eucalipto.

—Hace doce días que el cura nos ha echado la bendición, y todavía no lo creo, —dijo Pepe, estrechando dulcemente el hombro de su esposa.

—¿Por qué? —interrogó ella.

—Porque dadas las múltiples dificultades y complicaciones que surgieron en el período de nuestros amores, llegué a creer que nuestra unión sería imposible.

—Tuvo era la culpa de lo que ocurría.

—¿Mí? ¿Yo lo entiendo?

—¡Claro! Eras tan celoso, que todos los días me proporcionabas media docena de risueños con tus malditos celos.

—Eso prueba únicamente lo mucho que te quería, porque tu sabes muy bien que los celos son compañeros inseparables del amor, y como dijo un gran poeta:

«En la mesa del amor,
los celos son el salero».

—Todo eso es indica celestial, mi querido Pepe. ¡Un claro es que tú eres un turco, y no comprendías que con tus celos llegabas muchas veces a la frontera del ridículo.

—Pero no pasaba la frontera. Sin embargo, no me negarás que en muchas ocasiones mis celos no eran del todo infundados, pues como te vela tan amante con Abelardo.

—¡Yo, amante con Abelardo? ¡Jaj! ¡Jaj! Pues si mi era el hombre más indolente del mundo.

—Estás queriendo Luisa, mintiendo con un desearo inaudito.

—Trácese por el pipirón, esposo mío. Pero has de saber, ya que he llegado la hora de las intimidades, que si alguna atención o deferencia dispensaba yo a Abelardo, era tan sólo para hacerle ralar un poco, curándole de tus ridículos e injustificados celos.

—Que era lo mismo que echar leña al fuego.

—Y además, el darle celos con Abelardo era para buscarme el desquite, porque a ti bien te gustaba Eloísa y no perdonabas ocasión de demostrarla tu afecto; ¡Ni aun estando para casarte contigo!

—¿Tú? ¿Qué disparate!

—Tú, sí; y no te santigües, como si hubiese sido una cosa del otro jueves, porque no era un secreto para nadie, que la tal Eloísa, que era una pajara de cuenta, te gustaba lo justo y un poco más.

—Pues estás equivocada.

—Pues no estoy e equivocada.

—Eloísa era para mí una de esas mujeres que se ven con gusto y se dejan de ver sin pensar algo.

—Kee uno lo dice a priori; pero tú sabes muy bien que me consta lo contrario.

—Como a mí también me consta lo contrario respecto de Abelardo.

—¡Pepe!

—¡Luisa!

—Kos son cuentos de tus amigos?

—Kos son chismes de tus amigos?

—Y para esto me he casado yo? ¡Dios mío! ¿Qué desgracia da soy!

—Y este es el angel que yo he soñado! ¡Vuelvo con los angeles!

.....

Pepe, queriendo cambiar de conversación, porque así como de la discusión brota la luz, de aquella discusión podía brotar una ironía, dijo de pronto a su mujer:

—Oye, Luisa: ¿es cierto lo que me has dicho esta mañana?

Y ella, poniéndose encarnada hasta la raíz de los colmillos, contestó tímidamente:

—Sí.

—¿De veras?

—De veras.

—Ay, mi Luisa! —exclamó Pepe saltando de júbilo. —¡Qué feliz me haces! —es esa revelación! Ahora, lo dices que deso es que sea mi hijo.

—Pues yo quiero un niño.

—¡Niño!

—¡Niño!



—En fin, ya veremos lo que sale. Pero, si como expusiste a mi hijo, se llamará Eloísa.

—Pues si es niño, se llamará... Abelardo.

—¡Abelardo! ¡Nunca!

—¡Pues Eloísa, jamás!

—Se llamará como yo quiera!

—¿Como a mi hijo de la gana?

—Soy su padre!

—No te lo niego!

—Pues podrías irte a dormir!

—En la cuestión del nombre no cedo.

—Ni yo tampoco.

—¡Ni que me amaba a Eloísa!

—¡Ni que quería a Abelardo!

—¡Pepe!

—¡Luisa!

—¡Hemos terminado!

—¡Está bien!

Y ambos esposos, después de ponerse de vuelta y media, se retiraron a sus respectivas habitaciones.

Por el tercer día, decía él:

—Como sea niño se llamará Eloísa.

Y ella, que era terca, como lo son casi todas las mujeres, decía:

—Como sea niño, se llamará Abelardo!

MANUEL SORIANO

MANANTIAL DE LUZ Y FUERZA

Elveny B. Baldwin, experimentado explorador polar, que recientemente ha vuelto de las regiones árticas con la expedición Wellman, está firmemente convencido de que es posible utilizar la gran energía eléctrica de la *aurora borealis*.

Observaciones hechas por él le han convencido de que hay grandes corrientes eléctricas que pasan por la tierra del Polo Norte al Sur.

En una relación de sus investigaciones dice que ya en otra expedición, —la del teniente Peary en 1893-94,—había estudiado este fenómeno, y su solo objeto de formar parte de la de Wellman fué el ampliar esos estudios, y si en la primera llegó á creer que la aurora borealis era la manifestación de una fuerza enorme que podría ponerse al alcance del ingenio humano, esta idea se ha reforzado durante la última expedición.

Refiere que un accidente, en que el trineo y los perros que lo llevaban cayeron en una rajadura del hielo, pudo sacar los perros ayudado por la luz de una aurora que apareció en ese momento, de una luz tan intensa que podía verse con toda claridad hasta los menores detalles.

No tiene duda alguna de que la fuerza que la produce sea eléctrica, que las regiones polares sirven de grandes depósitos ó acumuladores de esa fuerza, y que existen grandes corrientes que pasan por dentro de la tierra, que podrían ser utilizadas para la propulsión de máquinas y hacer trabajar dinamos tan fácilmente como por las casas de máquinas de nuestras ciudades.

Prácticamente no tendría límite la aplicación de esta gran fuerza; podría, por ejemplo, utilizarse para iluminar las mismas regiones árticas durante larga noche de invierno, dando mayores oportunidades á las investigaciones.

Esta es una de las aplicaciones de mayor cuantía, si se tiene en cuenta los grandes resultados que podrían obtenerse aplicándolas á fines comerciales en las secciones pobladas de la tierra, donde Baldwin cree posible llevar esa fuerza por cables, como lleva ahora el fluido eléctrico de un continente á otro.

Baldwin da como centro de esta fuerza en la región ártica el polo

magnético del Norte, y como este punto queda al Norte de la región de la bahía Hudson, cree que es bastante factible organizar una expedición á esos sitios, armada de aparatos científicos y compuesta de hombres que se conocieran perfectamente la electricidad y sus distintas aplicaciones.

NOTAS CONQUISTAS DE LA FOTOMETERIA

Según manifiestan los doctores Garnault y Trouvé, un obrero semitullido por el reumatismo se encontró curado al cabo de una permanencia de 48 horas cerca de un manantial de luz eléctrica intensa, empleada para una fuente luminosa. Y no hay la menor duda de que á la acción específica de dicha luz y no al calor que transmite se deben las curaciones observadas, pues el resultado es igual si interrumpe la llegada de los rayos caloríficos con la interposición de una caja de cristal llena de agua aluminosa.

Se han tratado con feliz resultado por este medio, numerosos casos de reumatismo muscular ó articular crónicos, úlceras varicosas, anginas agudas con amigdalitis, catarros nasales y auriculares, acompañados estos últimos de zumbidos y sordera, etc.

Habiendo convidado unos marinos ingleses al célebre corsario Surcouf, durante una corta tregua, le dijeron con arrogante soberbia:

—Los ingleses pelean por el honor, pero los franceses pelean por el dinero.

—¿Y qué?—respondió Sourcouf;—cada uno pelea por hacerse con lo que no tiene.

Dos cosas hay en el mundo que he de alabar hasta allí: el Jerez, y el callicida del doctor LADIVONSIM.

EL MATRIMONIO

Tonterías y verdades acerca de este asunto

El marido debe pedir opinión á su mujer, en todo lo que intente, aunque no la siga en nada.

Un esposo malo no puede exigir que su esposa sea buena: la mujer, por lo general, se forma ó se transforma en el molde del hombre.

CHARADA

La *tercia* con la *segunda* es animal que no agrada, que corre, muere y destruye y ni por *tercera* ladra: *prima* con *cuarta* es un sitio donde se dió una batalla celeberrima en la historia, famosísima en Italia: no se hace *prima* y *segunda* con la boca bien cerrada: cuadrúpedo es la *primera*; y el *todo*, un pueblo de España.

FRASE HECHA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior.

Charada.—Baraja.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

M. R.—Valencia.—Conformes en su avaralón á lo que dice, pero no se hace el periódico más indicado para secundar esa campaña, pues muchos de nuestros colaboradores piensan de una manera totalmente opuesta.

J. P. R.—Madrid.—Sus enrevesados versos hubieron gustado á principios del siglo antepasado, ó últimos del xviii. (Ni Gerardo Lobo! R. S.—La Gaceta.—Ya hemos dicho, respecto al envío de cuantos que jallo el fureor!

P. F. T.—Granada.—Esa cuita que ha puesto usted en versos que necesitan de un ortógrafo fueron esbaladas con mayor novedad, indubitablemente, bajo el reinado de Alhamar el Nazarita.

Luis Candelas.—Toledo.—(Caballero, no le creía á usted reditvel! Pero si quiera usted decir que los epigramas que nos envía los ha afanado de alguien conste que no lo creo, pues es imposible que jamás haya habido un ser tan memo capaz de escribirlos. O sino véase la clase.

Paseaba por el Tajo un hombre con un muchacho, y comieron un gaspacho tomando por un alajo.

—Está duro!—dijo el uno y el otro exclamó:—No tal.

—Pues es usted un animal.

—Y usted un solemne tuno.

(Que gracioso! eh?)

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD AUTÉNTICA Y LITERARIA * INSCRIBIRSE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO EDITORIAL «LA IBERICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

